

ENTREVISTA OLIVER LAXE. NIFF 2020

¿Qué ha hecho durante este tiempo?

Bueno a mí me coincidió el con finamiento con el final de la ruta de exhibición de O QUE ARDE, acabó todo con los GOYA en febrero y con los Premios de la Academia Gallega. Llegué exhausto por la inversión personal que supone este proceso, y aunque lo hago encantado y feliz ya notaba que mi cuerpo necesitaba un descanso, una época de contracción, de silencio, después de esta más expansiva, de compartir, de dar, de servicio. También ha coincidido con las obras del Centro de Desarrollo Rural que estamos haciendo en las montañas de Lugo, que es donde vivo y donde hemos rodado la película. Entonces, todo lo que sea vivir en la naturaleza y las repercusiones que esto puede tener en un ser humano, creo que todo lo que pueda decir es poco.

Cuéntanos más sobre este Centro de Desarrollo Cultural

Este proyecto es un Centro que va a realizar unos doce eventos culturales al año, entre talleres de formación de oficios tradicionales relacionados con el pastoreo, apicultura, recuperación de castaños ancianos. Abriré la casa de mis abuelos que lleva treinta años cerrada y la intención es orbitar alrededor de la naturaleza. Va a ser un cineclub donde la gente de los pueblos nos reunamos y compartamos películas.

¿Cómo es vivir solo?

Peligroso. Ahora mismo vivo solo en la aldea, en casa de mis abuelos. Cuando estás solo se generan muchas manías, aumenta el ego. Cuando tenemos compañía y vivimos en colectivo es cuando hacemos un trabajo interior, por eso cuesta tanto vivir en pareja, porque vemos nuestros límites, nuestras sombras. Cuando estás solo, sólo ves la parte bonita de ti mismo. Por eso la gente tiene tan poca paciencia, las relaciones duran tan poco, porque no entienden que cuando duele es precisamente porque tocamos algo importante para crecer y ser gente más libre y menos idiota, básicamente.

¿Cómo es un día cualquiera para usted?

Ahora mismo sigo con una relación bastante neurótica con el trabajo. Creo que el trabajo dignifica, pero en mi caso es demasiado. He bajado un poco el ritmo y dedico dos o tres días a la semana al trabajo en el campo, al desbroce, clareo, limpieza del río, con los animales... El resto de la semana sí que estoy con la programación del Centro y mucho menos cine, cosa que agradezco en estas épocas de contracción. Igualmente, todo esto sigue siendo un trabajo de cineasta, estoy creciendo como personas, enriqueciendo mi mirada, si quieres hacer cine debes seguir ganando experiencia y madurez para poder hablar de algo, para evocar algo. Creo que nunca he hecho tanto cine como estos días en mi aldea.

¿Es importante la belleza?

Sí. Para todo el mundo. De manera consciente o inconsciente, la belleza es el pegamento que hace que la vida tenga un sentido profundo. Nos serena. Por eso el ser humano contemporáneo está tan angustiado, porque está alejado de la belleza. Vivir en una ciudad es estar alejado radicalmente de la belleza. Aunque vaya al cine o a ver cuadros, el ser humano en una ciudad se degrada, se angustia y se generan búsquedas pueriles de sentido en un mundo que ya lo tiene, que es la belleza. Esta belleza acoge todo, lo bello y feo e injusto, la vida y la muerte, que curiosamente nos alivia porque empezamos a funcionar como la belleza y como el mundo.

¿Conoce Navarra?

He sentido mucha identificación desde que he venido. Ahora que trato de que mi aldea viva del ganado me ha gustado venir al Valle del Baztán, ver toda la cultura del esfuerzo y trabajo que hay, que yo creo que también es muy gallega. Me ha gustado mucho ver las tierras bien trabajadas a pesar de las condiciones orográficas adversas. Ves que aquí el ser humano da lo mejor que hay, tiene armonía con su entorno y la naturaleza. Siento que la gente es feliz, tiene proyectos pequeños y familiares, gente que busca hacer su trabajo como si fuese una obra de arte. Queserías, ganaderías que trabajan sin buscar réditos, priman la calidad sobre la cantidad. Eso se nota aquí en Navarra y se agradece.

¿Cómo eres como profesor?

Bueno, contradictorio, paradójico, como todo ser humano, por un lado, creo que acojo mucho y muy bien la vulnerabilidad y la fragilidad de los cineastas que vienen, ¿no? Porque bueno, yo creo que son parámetros, son aspectos de todo proceso creativo que hay que acoger, ¿no? En un mundo que no entiende la fragilidad, o que no la acepta. Creo que es un estado bastante fértil, creativo, la fragilidad y las dudas. Eso lo acojo bien, pero al mismo tiempo puedo llegar a ser duro. Puedo llegar a ser duro porque también soy de los que creen que el arte es una cosa seria. Que, en fin, que es un oficio que hay que utilizar, es un oficio sagrado que hay que utilizar de manera sagrada y con mucho rigor, y con mucho trabajo, y con bueno, con esa misma cultura del trabajo, del esfuerzo y del sacrificio que evocaba antes.

Yo quiero que mis alumnos hagan películas como el pastor que está con sus ovejas aquí en Navarra, que ya no hace trashumancia, pero está vigilándolas todos los días, yendo a darles de beber, yendo a darle de comer al mastín todos los días, supervisando el perímetro... Es un trabajo muy grande, para mí. Entonces, yo a veces utilizo un poco esa técnica que yo no sé si estoy legitimado para utilizarla que es la aguja del amor, que es pinchar el globo con una aguja, el globo del ego. Duele, duele la aguja del amor, pero es amorosa. El objetivo es que, a través de ese golpe, que se dé cuenta el alumno también de que tiene que conectarse con el corazón y no con el ego a la hora de trabajar.

Tiene 37 años y cuenta con numerosos premios, ¿se lo imaginaba cuando empezó?

No, no me lo imaginaba. Yo tenía asumido que me iría, yo decidí irme a vivir a África, a Marruecos, y ya asumía que iba a ser un pequeño francotirador, un pequeño artista en los márgenes y me parecía muy bonita la idea y no me preocupaba. El éxito y el fracaso no está en los premios, sino en ser libres y en emanciparse, en autorrealizarse, en hacer lo que uno quiere y yo en ese momento veía que en España me iba a ser muy difícil hacer el cine en el que yo creía o que me estimulara lo suficiente. Y en ese sentido, mis primeros años en Marruecos, pese a estar en el absoluto anonimato, fueron años de mucha felicidad y autorrealización, por lo tanto, de éxito. Fue un premio vivir allí, sentía muchísima fortuna y agradecimiento de poder estar viviendo en un sitio tan maravilloso.

¿Cuándo supo que quería ser cineasta?

En el instituto tuve una asignatura de libre configuración o de extensión que era optativa, no sé cómo se llaman, y era una asignatura de imagen y sonido, y bueno allí empezamos a ver algún cachito de película de imágenes que vibraban, de autor, que me parecían que tenían un tiempo, un alma radicalmente diferente a la basura que yo veía en aquella época, siendo adolescente en la televisión.

Y bueno, esa diferencia de vibración, esa diferencia de palpación de las imágenes me penetró. No sabía analizarlo, no era muy consciente de ello, pero era como "wow, ¿esto qué es?". Fue cuando yo sentí que dentro de mí había algo que se agitaba, algo que a algunos les gusta llamar alma, esencia, espíritu, sensibilidad, cuando yo sentí eso muy rápidamente también sentí que hacer imágenes, que crear arte era alguna manera de conectar con esa fuente y crecer, crecer dentro. Pero todo esto fue como muy intuitivo, muy inconsciente y muy... no fue como muy consciente, me dejé un poco llevar, me abandoné a eso que sentía.

¿Siguiendo retos?

Ninguna presión de siguientes retos. Bueno para empezar, "O que arde" es mi primera película en España después de diez años, pero yo he hecho películas... mis dos primeros largometrajes que hice en Marruecos han tenido éxito internacional, cada una de esas películas han tenido premios. Es decir, a mí el éxito, ese éxito, que no me parece que sea el gran éxito, obviamente me gusta que me den premios y es importante, y eso me hace más libre también en mi carrera y puedo tener libertad a la hora de hacer pelis, pero yo ya llevo de alguna manera diez años... se supone que ya tendría que tener esa presión, que ya he salvado. Yo creo que ya soy un cineasta u poco más maduro y cuando hice mi segundo largometraje tuve un poco de vértigo, de bueno "he hecho mi primer largometraje sin muchas pretensiones, que ha tenido un premio en el festival más importante del mundo..." Sí que fue difícil hacer un segundo largometraje, pero bueno ahora mismo tengo, sí que creo que el ego sigue actuando en mí, pero en otras dimensiones. Creo que la única presión que yo tengo es la del servicio, y veo que O que arde es una película que ha servido, creo que era una película necesaria y así me lo ha hecho saber la gente. Más que mis anteriores largometrajes, por lo tanto, cada vez siento menos presión, siento más el alivio de que todo el trabajo y sacrificio tiene un resultado positivo, que tiene sentido vamos a decir.

¿Sientes presión por el siguiente proyecto?

Ahora ninguna. Mis películas anteriores fuera de España han tenido éxito internacional, llevo diez años desde entonces y esa presión se ha mitigado, he madurado como persona y cineasta. Aunque el ego siga actuando en mí lo hace en otra dimensión, ahora la presión es por realizar un servicio. Veo que O QUE ARDE es una película que ha servido, que era necesaria. Por lo tanto, cada vez siento menos presión, noto que todo el trabajo y sacrificio ha tenido un resultado positivo, que ha tenido sentido.